



MODELO MILITAR CHILENO: CUATRO SIGLOS DE HISTORIA

POR
EDUARDO ARRIAGADA ALJARO
EDITOR PANORAMAS AHM

El insigne historiador chileno Mario Góngora del Campo ha descrito a nuestro país como una “tierra de guerra”, dada la cantidad de hechos bélicos que han acontecido a lo largo de su historia, ya desde los tiempos de su descubrimiento y conquista por parte de los españoles. La guerra en Arauco ha plasmado nuestra historia colonial y se ha proyectado en el siglo XIX con las campañas de la Incorporación de la Araucanía. Las guerras de independencia también han dado un fuerte sello a nuestro país y a sus habitantes. Por otra parte, las guerras internacionales que tuvo Chile durante el siglo XIX –Guerra contra la Confederación Perú–Boliviana, Guerra contra España y Guerra del Pacífico—, lograron consolidar nuestro sentido de nacionalidad, así como también la configuración de nuestro espacio geográfico. Por último, tampoco han faltado las guerras entre chilenos –las revoluciones de 1829-1830, de 1851, de 1859 y, finalmente, la de 1891—, las cuales llegaron a tener una violencia incomprensible, tratándose de luchas entre compatriotas. En fin, se puede decir que, al menos hasta 1900, no pasó generación alguna de chilenos que no participara –o presenciara— en algún conflicto bélico, del carácter que fuera.

Por lo anterior, no debiera causar extrañeza que en nuestro país se haya configurado –a lo largo de su historia– un modelo militar bastante singular, que ha llamado la atención tanto en los demás países de América, como también del resto del mundo. Las guerras en Chile se dieron a conocer fuera de nuestras fronteras ya desde el siglo XVI –vale decir, desde

*Publicación electrónica disponible en www.academiahistoriamilitar.cl
octubre 2018*



hace más de cuatrocientos años—, a través de la literatura de la época, mediante la publicación del poema épico “La Araucana”, de Alonso de Ercilla. Durante el período hispánico, las interminables guerras en nuestro suelo preocuparon seriamente a la Corona española, ya que del dominio sobre el Reino de Chile se basaba la seguridad del rico Virreinato peruano. No en vano, Chile era conocido como el “Flandes Indiano”, expresión que evocaba las interminables guerras que sostuvo España en los Países Bajos y que produjeron una sangría de recursos tanto humanos como económicos.

Se puede afirmar que el modelo militar chileno se fue configurando en forma muy gradual ya desde los siglos coloniales y llegando hasta las centurias republicanas. En estos casi quinientos años de historia, se aprecian cuatro influencias venidas desde afuera y que llegaron a este apartado territorio, las que fueron modelando nuestra cultura militar: la primera fue la influencia española, que permeó a nuestras fuerzas militares y a nuestros hombres de armas durante los siglos coloniales y en los primeros años de nuestra vida independiente; la segunda fue la influencia francesa, que caracterizó a nuestra historia militar durante la mayor parte del siglo XIX; en tercer lugar, vino la influencia alemana – también conocida como la “prusianización” – que impregnó a nuestro Ejército desde 1885 y hasta la Primera Guerra Mundial; y la influencia norteamericana, que data desde 1945 y que duró hasta la década de 1970.

En cuanto a la influencia venida desde España, ella configuró los distintos tipos de fuerzas militares que hubo en nuestro país durante los siglos coloniales –huestes indianas, milicias de encomenderos, milicias vecinales, ejército permanente, etc. –, así como también un modelo de disciplina que se fue plasmando en las diversas ordenanzas militares que fue promulgando la Corona española, cuya máxima expresión fueron las Reales Ordenanzas de 1768, promulgadas por el rey Carlos III. A su vez, el espíritu de esas mismas ordenanzas se plasmó en la Ordenanza General del Ejército promulgada en 1839, la cual rigió hasta el



cambio de siglo. Tan fuerte ha sido la impronta española en la disciplina militar chilena, que incluso el actual Reglamento de Disciplina del Ejército contiene artículos que son iguales – o muy parecidos– a los que se encuentran en la ordenanza militar de 1768.

Trasladándonos al siglo XIX y producto del éxito alcanzado por las armas francesas en las guerra revolucionarias y napoleónicas –ocurridas entre 1792 y 1815–, el modelo militar francés se hizo muy prestigioso en el mundo entero. Ya en las campañas de la emancipación hispanoamericana comenzaron a llegar militares franceses que habían quedado sin ocupación después del año 1815 –y también de otras nacionalidades europeas–, quienes llegaron con las nuevas tácticas de combate que se utilizaban entonces en Europa, así como también con las nuevas doctrinas militares en boga en el Viejo Continente. Nuestro país no fue una excepción y pronto comenzaron a ser usuales las cartillas de instrucción militar traducidas desde el idioma francés, así como también la utilización de armamento francés, y de vestuario y equipo a la usanza gala. De esta forma, a finales de la década de 1840 comenzaron a viajar a Francia los primeros jóvenes oficiales chilenos para instruirse en materias muy variadas, como la ingeniería militar, la artillería y el servicio de estado mayor. Esta influencia modeló a nuestro ejército durante la mayor parte del siglo XIX.

A fines de esta última centuria, otro país europeo comenzaba a exportar su propio modelo militar, ya que había salido victorioso de sucesivas guerras contra Dinamarca, Austria y, finalmente, Francia: nos referimos al reino de Prusia, que luego de la guerra contra el tercero de esos países nombrados configuró el Imperio Alemán. Con la contratación del capitán de Artillería Emilio Körner –y sobre todo después de la Guerra Civil de 1891–, comenzó nuevamente un proceso de transformación en nuestro ejército que trajo consigo la profesionalización de la carrera militar en Chile. Al igual como ocurrió con el modelo francés, en nuestro país –y en forma gradual– comenzaron a utilizarse



armamento, uniformes y doctrinas militares germanas, proceso que tuvo su culminación con la gran reforma militar del año de 1906, la cual convirtió al Ejército de Chile casi en una reproducción en miniatura del ejército imperial alemán. Esta influencia aún se advierte hoy en cierta indumentaria castrense —especialmente la que usan los cadetes de la Escuela Militar—, así como en el repertorio de himnos militares que acompañan los desfiles de nuestros hombres de armas.

Alemania fue derrotada en la Primera Guerra Mundial, lo cual significó un fuerte golpe para el prestigio de su modelo militar; pero la nueva derrota en la Guerra de 1939 – 1945 fue el golpe de gracia que permitió el ascenso de otra potencia mundial en términos tanto políticos, como militares: los Estados Unidos de América. Este país se transformó en una de las dos superpotencias que dominaron el escenario mundial durante la Guerra Fría. Cada una de ellas procuró defender celosamente su esfera de influencia y —precisamente— América Latina estaba considerada dentro del ámbito de influencia de los Estados Unidos. De esta forma, se fueron firmando acuerdos de cooperación hemisférica, tales como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y el Pacto de Ayuda Militar (PAM), que permitieron que la doctrina castrense norteamericana, y su armamento y tecnología militares —así como otros aspectos de su cultura castrense— se difundieran por Latinoamérica, incluyendo a Chile. Esto trajo radicales transformaciones en nuestro Ejército, siendo tal vez la más emblemática la introducción de los vehículos y carros blindados en esta fuerza militar, que culminaron con la formación del arma de Blindados. Esto cambió radicalmente la forma de combatir de los hombres de armas chilenos.

Después de 1973 y producto de la situación política e internacional que vivía nuestro país, esta influencia norteamericana comenzó a declinar. Con posterioridad ha habido otras influencias —como la israelí—, pero que no han tenido el impacto que sí tuvieron estas cuatro



ya reseñadas. Entonces aparece el actual Ejército de Chile, modelado por más de cuatrocientos años de historia.

En realidad, nuestro Ejército y sus integrantes nunca han dejado de ser chilenos, pero sí se reconoce en ellos las huellas que han dejado estas influencias militares extranjeras, las que han contribuido a forjar un modelo militar que es finalmente nacional. Tanto es así, que en la primera mitad del siglo XX –y también con posterioridad– otros países latinoamericanos se fijaron en el prestigio profesional alcanzado por el Ejército y por los militares chilenos, que comenzaron a solicitar misiones militares nacionales para poder llevar a cabo procesos de profesionalización en sus propios ejércitos. Así partieron misiones militares chilenas a diversos destinos –como Ecuador, Colombia y El Salvador–, donde han dejado hasta el día de hoy un grato recuerdo por la exitosa labor realizada en esas tierras.

De esta forma, luego de una evolución que ha tomado más de cuatrocientos años, se ha conformado una cultura militar muy peculiar en nuestro país, que se ha nutrido del aporte extranjero, pero que ha cuajado y fructificado en nuestro suelo. Se trata de un modelo militar netamente chileno, que prestigia hasta la actualidad a nuestro Ejército y a nuestros hombres de armas.

Como se dijo al comienzo de este artículo, no en vano Mario Góngora calificó a nuestro país como una “tierra de guerra” y precisamente en este terruño se ha forjado una cultura castrense muy singular, que hasta el día de hoy sigue llamando la atención fuera de nuestras fronteras.